

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Juan Carlos Ribadeneira

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del Centro Andino de Acción Popular CAAP, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 18

ECUADOR: S/. 21.000

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 7.000

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-00173-B Quito, Ecuador
Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.
Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

PORTADA

Magenta Diseño Gráfico

ECUADOR DEBATE

35

Quito - Ecuador, agosto de 1995

EDITORIAL

COYUNTURA

Coyuntura Nacional: ¿Quiebres en el modelo? / 5-15

Coyuntura Política: Modernización, crisis y comienzo de otro ciclo político / 16-20

Conflictividad: El conflicto socio-político: febrero-mayo 1995 / 21-27

Coyuntura Internacional: Continúa la reestructuración geográfica de la economía mundial / 28-41

Equipo de Coyuntura "CAAP"

TEMA CENTRAL

Liberalismo y Posmodernidad / 43-51

Nancy Ochoa Antich

Revolución Liberal y Neoliberalismo / 52-60

Alejandro Moreano

El regreso de viejos actores en los nuevos escenarios de la política / 61-77

Patricia de la Torre

Sobre la Tolerancia / 78-90

Felipe Ribadeneira Quevedo

Tolerancia y Democracia / 91-103

Isidro H. Cisneros

PUBLICACIONES RECIBIDAS

DEBATE AGRARIO

Las ONGs y el Desarrollo Rural en los Países Andinos: Dilemas y Desafíos / 109-125

Manuel Chiriboga

El desarrollo rural: limitaciones y alternativas / 126-133

Luciano Martínez

ANALISIS

¿Qué hay de los territorios en la descentralización? / 135-154

Roberto Santana

La profundización de la democracia en Colombia: Obstáculos y posibilidades / 155-172

Jaime Zuluaga Nieto

CRITICA BIBLIOGRAFICA

Historia de la Revolución Liberal Ecuatoriana, de Enrique Ayala Mora

/ 173-179

Comentarios de Hernán Ibarra

Tema Central

Liberalismo y Tolerancia

Liberalismo y posmodernidad

Nancy Ochoa Antich

Vivimos un momento histórico marcadamente liberal en acontecimientos y valores. La globalización de la economía ha traído como consecuencia el auge de un estilo de vida utilitario que nos recuerda las ideas de Jeremy Bentham y John Stuart Mill. Pero hay motivos de desconcierto: ¿Es la ética empresarial del neoliberalismo un auténtico renacer de la doctrina clásica? ¿Ha sido diferente el liberalismo europeo del de América Latina? ¿Tiene todavía algún mensaje válido ese pensamiento para los que no nos conformamos con un mundo de injusticia social generalizada?

Voy a intentar responder estas preguntas con el único interés de promover el debate sobre un tema que es importante porque de él depende varios aspectos del Ecuador contemporáneo.

Comenzaré refiriéndome a los orígenes socio-económicos del liberalismo en Europa para que el lector concluya similitudes y diferencias con nuestra historia. En seguida hablaré de los fundamentos filosóficos del pensamiento liberal y después de sus principios políticos.

Luego haré un análisis de los antecedentes de esa doctrina en América Latina y por último, una interpretación de la revolución alfarista. Este continente ha tenido un proceso histórico común, en apariencia quebrado por diversos conflictos territoriales, cuya artificialidad es la de nuestras fronteras. No es mera coincidencia que los procesos se hayan repetido en todos los países casi al mismo tiempo.

Iré haciendo algunas referencias a la posmodernidad, a pesar de que ésta resulta un tanto extravagante en una re-

gión en la que apenas se está hablando de modernización. Tenemos que pensar con mente propia, de eso no hay duda, pero tal afirmación no implica que nos consideremos aisladamente. Si pensamos desde nosotros mismos, el complicado tema de la identidad nacional dejará de ser tan angustioso.

Para ganar lucidez vale la pena que nos veamos en el contexto mundial. Esa ubicación conlleva un orden económico internacional injusto del cual somos víctimas, pero el diagnóstico sigue siendo indispensable para que volvamos a ser capaces de diseñar proyectos de cambio.

Pues bien, aunque la posmodernidad sea en parte neoliberal y quizás haya que reconocer que este último es un nuevo liberalismo, debemos aclarar, si hay elementos de la doctrina clásica que puedan ser cuestionadores de una situación social que a algunos no nos satisface.

El surgimiento de la burguesía en Europa

El liberalismo es el pensamiento político de la burguesía europea de los siglos XVIII y XIX. Hay dos acontecimientos que expresan el éxito histórico de esa clase social: la Revolución Francesa y la Revolución Industrial.

La burguesía había comenzado a emerger en los últimos tiempos de la Edad Media y había ido consolidando sus rasgos de clase urbana dedicada a la manufactura y el comercio. Se trataba de un grupo humano con claros intere-

ses económicos y políticos, llevados a tener un estilo de vida propio y por tanto, una concepción del mundo bastante específica.

Muchas características del pensamiento actual que tendemos a creer como universales y permanentes corresponden apenas a estos últimos siglos de la cultura europea. Incluso el sentido de la historia al cual estamos tan acostumbrados es una idea de esta época. La burguesía es la inventora de la filosofía de la historia. Ella concibió una noción de progreso que se despliega desde las civilizaciones clásicas de Grecia y Roma hasta el desarrollo de la ciencia y la técnica modernas.

Sin duda los pensadores no reconocieron lo convencional de ese sentido y menos aun su espacio geográfico y cultural, por lo cual no tuvieron reparos en llamar Historia Universal a la narración cronológica del quehacer de su clase y de los antecedentes que mejor calzaran en el significado que dieron a su existencia como misión. Entonces se dividió la historia en Antigua, Media y Moderna con la tesis implícita evidente de que la meta a lograr coincidía con los intereses de los creadores de esta división.

Esta es la teoría del fin de la historia tan comentada recientemente, que no es nueva en absoluto y pone en aprietos a los seres humanos porque pareciera que no hay más remedio que ser posmodernos y para siempre. Llamar contemporáneo a lo actual no soluciona el problema, pues ese término

tendría que ser aplicado a todo tiempo en la medida que transcurre con el de la persona que habla.

En todo caso, es correcto identificar burguesía, modernidad y liberalismo. La intención de esta homología es la de ver las cosas con lucidez, no la de desechar los aportes de esta doctrina al mejoramiento de la vida humana.

Fundamentos filosóficos

Seleccionemos tres temas básicos: el individuo, la libertad y el sentido de la historia, al cual ya me he referido y que ahora explicaré más ampliamente.

En relación a los dos primeros los fundamentos se encuentran en la filosofía cartesiana que, dicho sea de paso, es la revolución intelectual más profunda de el pensamiento de su época. Descartes cuestionó el realismo medieval en pleno siglo de la Contrarreforma. El supuesto de las esencias reales aboga en favor de un mundo sin cambios. ¡Qué mejor para los que tienen el poder!

Por el contrario, Descartes propone que el único criterio de verdad es el "yo pienso", hasta el punto de que la pregunta sobre la existencia de Dios podría ser resuelta por el individuo por medio de la razón. A pesar de ello, el pensamiento es limitado e imperfecto, no así la libertad humana que es en potencia absoluta según el filósofo.

A quienes nos inquieta la vida material como escenario posmoderno, nos interesa hablar de derechos económicos y sociales. Pero no lo hacemos para quitarle importancia a otros derechos sino

porque consideramos que hay factores sociales que los limitan. Si no fuera porque creemos que la libertad individual es potencialmente absoluta, no tendríamos argumentos para calificar de injusto su atropello. En síntesis, la noción de dignidad humana que hace al individuo sujeto de derechos, se debe a la noción de libertad y éste es un aporte de la filosofía moderna a la humanidad.

Volvamos a tratar ahora muy brevemente el tercer tema seleccionado, esto es, el sentido de la historia. Este aspecto del pensamiento liberal tuvo que esperar la llegada del siglo XIX para que fuera sistematizado. Lo hizo Hegel, pero como una síntesis de algunas ideas que habían ido madurando en Europa desde el Renacimiento.

Su importancia es la de haber sido el primero en desarrollar una filosofía de la historia. Se podría afirmar que los mesianismos tienen una meta y por tanto, un sentido. Pero como la meta es trascendente, más allá de lo humano, el transcurso no es necesariamente racional, puede ser arbitrario y hasta profético.

Por el contrario, Hegel piensa que los acontecimientos del pasado tienen una lógica implícita, inmanente, que nos permite entender a los futuros como ya realizados. Pone así las bases de lo que en principio podría ser una ciencia de la historia.

La racionalidad explicitada en la Fenomenología del Espíritu es la de la cultura occidental vista desde la perspectiva burguesa. La meta sería la sociedad europea del siglo XIX. Son tan-

tas sus virtudes que hasta allí parecería llegar el cambio. Ese sería el fin de la historia. Lo dramático es que hoy, siglo y medio más tarde, se repita esta tesis.

Hegel hace un planteamiento epistemológico que es parcialmente cierto. El científico de la historia sólo puede analizarla desde su tiempo y hay límites muy claros en la predicción racional del futuro. Pero para Marx, por ejemplo, la sociedad racional de su maestro es el estado de la sin-razón, según su expresión textual. Si el analista piensa de esta manera, se hace más sensible a la captación de las posibilidades de cambio. Por eso las puede estudiar y plantearse al mismo tiempo un proyecto de futuro. Arturo Roig ha hablado de la función utópica como condición epistemológica. Creo que esta es la lectura correcta de Marx y así lo he dicho desde los años 70. Pero hay la corriente que ha opuesto ciencia a utopía y ha creído ver en sus obras solamente a la primera.

Me parece que la Social Democracia europea muestra que Marx sí fue capaz de prever algunos cambios que debían ocurrir. Marx quiso decir que el "laissez faire, laissez passer" del liberalismo del siglo XIX desaparecería para ser sustituido por el Estado benefactor, basado en el poder de partidos políticos con militancia obrera.

La sociedad europea cambió realmente. Los obreros miserables se fueron convirtiendo en una amplia clase media. Sin embargo, el que la alta burguesía no haya desaparecido y las relaciones capitalistas de producción hayan seguido siendo el fundamento económi-

co de la nueva realidad, implica que el proyecto político del Manifiesto Comunista fracasó.

Aquello de que la vieja sociedad tiene en su seno los gérmenes de la nueva, es interesante desde esta reflexión: ¿No será que en el análisis había que tener en cuenta que la necesidad de abrir nuevos mercados, intrínseca al capitalismo, volvería mundial la interdependencia? Es decir, el escenario europeo se convirtió en global. Tal como están las cosas a fines del siglo XX se podría afirmar que el cambio vendrá porque en el planeta hay grandes poblaciones miserables, algunos de cuyos miembros emigran a los países industrializados. Francamente no creo que la globalización del capitalismo y el retorno a la libre competencia que propone el neoliberalismo puedan acortar la brecha, cada día es más amplia, entre seres humanos sorprendentemente ricos y otros increíblemente pobres.

La cuestión es que Hegel ha resucitado en la posmodernidad neoliberal para convencernos de que llegó el fin de la historia y, por añadidura coherente, el fin de las utopías e incluso el de las ideologías. Con el avance técnico de los medios de comunicación, no es difícil convencer a mucha gente de que todos pensamos igual y que no puede haber proyectos sociales diferentes y contestatarios a la realidad actual.

Es normal que el desaliento se apodere de los reformadores. Pero con un poco de sensibilidad y audacia, también se pueden encontrar en el mundo de hoy suficientes motivos para pensar el cam-

bio. El sentido de la historia es un aporte del liberalismo que puede ser visto de pasado a presente (fin de la historia) o de presente a futuro (pensamiento utópico). Ambos enfoques conviven en la modernidad.

El pensamiento político liberal

Como todos sabemos, el término "utopía" lo acuñó Tomás Moro a principios del siglo XVI, en el Renacimiento. Entonces humanismo y utopía se presentaban como términos relacionados. Ellos son los antecedentes del pensamiento político liberal.

El postulado básico es la naturaleza humana libre y digna. Se podría decir que esa idea ya se encontraba en el cristianismo, pero el Renacimiento inicia el proceso de secularización de estos conceptos. Mientras en el pensamiento cristiano dignidad y libertad adquieren sentido en relación a la trascendencia, porque somos creados a imagen y semejanza de Dios, en el humanismo libertad y dignidad son immanentes a nuestra naturaleza, independientemente de nuestro origen cósmico.

La universalidad es la base de la Declaración de los Derechos del Hombre de la Revolución Francesa. La igualdad natural lleva a exigir los mismos derechos para todos.

Pues bien, al observar que no es así en la práctica, el discurso se convierte en denuncia y surge la utopía como proyecto de cambio de la realidad insatisfactoria. No olvidemos que Tomás Moro propuso la abolición de la propiedad

privada y lo mismo hará Rousseau dos siglos más tarde. Nadie puede poner en duda el liberalismo de Rousseau, pero es evidente que inspiró al socialismo utópico y por tanto, a Marx.

Los valores de libertad e igualdad son aportes del liberalismo a la humanidad; no son patrimonio de una clase social, un continente o una cultura. Pero esos mismos valores, se puede creer, ya están realizados y acabarán de lograrse cuando el mundo entero sea capitalista: Hegel, fin de la historia, neoliberalismo. O que el capitalismo no los ha realizado ni lo hará, por lo cual es necesario transformar la situación: Rousseau, utopía, socialismo. Para mis propósitos da lo mismo hablar de socialismo o de comunismo, pues en teoría este último es el reino de la libertad, totalmente diferente al sistema autoritario que, bajo el mismo slogan hemos visto caer en Europa oriental.

Considero que se puede hablar de dos corrientes liberales: la conservadora y la transformadora, pues esta división puede ayudarnos a entender al neoliberalismo de finales del siglo XX. Me parece que el criterio más preciso para juzgar a un pensamiento político como conservador, es la fortaleza del Estado frente a la debilidad de la sociedad civil. Es el mecanismo más efectivo para evitar el cambio.

Pues bien, esa es la situación que logra un gobierno neoliberal. Al reducir la burocracia no debilita al Estado, le resta poder a la clase media. El Estado se hace monolítico, ya no necesita consensos porque ha eliminado las

divergencias. Representa los intereses de la alta burguesía, única clase a la que le convienen los ajustes macroeconómicos, e identifica esos intereses con los de la nación. Hay situaciones similares sobre las cuales valdría la pena reflexionar: ¿No hay en la China Popular un régimen neoliberal autoritario? ¿No hay ahora en Rusia una clase que se enriqueció durante el régimen soviético? ¿No fue propicio el gobierno de Pinochet para con los intereses de la burguesía chilena?

Esta reflexión nos lleva a valorar la democracia, entendida como un régimen político en el que hay una sociedad civil fuerte, deliberante, con poder de decisión. Entendida así, no se la puede considerar un aporte del pensamiento liberal sino una consecuencia de las luchas populares del siglo XX en el mundo entero. Me parece justo decir que el movimiento obrero abrió el camino, aunque luego se haya sectarizado. Desde los años 60 los movimientos sociales expresan la posibilidad de este tipo de democracia a la que nos referimos. Vivimos una etapa de desconcierto y apatía, pero creo que pasará, cuando la brecha social que el neoliberalismo profundiza se haga intolerable, los movimientos sociales tendrán un papel estelar.

El liberalismo en América Latina

Arturo Roig nos habla de tres humanismos en la historia del pensamiento latinoamericano: renacentista, barroco e ilustrado. Ejemplo clásico del primero es Bartolomé de las Casas, por cierto

obispo de Chiapas, quien defendió la humanidad del indio en pleno siglo XVI, basado en el principio de la igualdad de naturaleza. La pluralidad étnica y el sometimiento del indio y el negro por el europeo, serán retos para nuestras ideas.

El humanismo renacentista es el pensamiento paternalista de algunos españoles en defensa de las etnias sometidas. El barroco se encuentra en el arte colonial creado por artesanos indios. El hecho interesante es que el humanismo ilustrado, el de los precursores de la Independencia en la segunda mitad del siglo XVIII, entre los cuales tiene un lugar principal Eugenio Espejo, expresa con menor intensidad la pluralidad étnica.

¿Qué había pasado? Se había constituido una clase con suficiente presencia y poder para llevar a cabo la independencia política de España: los criollos o españoles americanos. Nuestros pensadores, al identificar a la nación con aquella clase, eluden la problemática de la pluralidad étnica. La consecuencia dolorosa es que se constituyen nuevos Estados que reproducen el coloniaje hacia adentro, lo cual ha impedido la consolidación de sociedades democráticas.

El pensamiento liberal europeo presenta un ser humano universal que es, por tanto, abstracto. Esa característica no es en sí negativa porque permite la concepción de la igualdad de derechos. Sin embargo, en la práctica existen diferencias específicas que no se oponen a la igualdad de naturaleza, pero sí obli-

gan a entenderla paradójicamente como respeto a la pluralidad. Por ejemplo, es interesante recordar que en la Revolución Francesa, Olympe de Gouges y sus compañeras creyeron necesario hacer la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana. En principio, todos estamos incluidos en la especie Hombre, que debería dividirse en mujer y varón. Pero en la práctica se les llama hombres a los varones y se hace necesario tomar acciones que nos den presencia específica a las mujeres.

Entre paréntesis me voy a referir a una inquietud lingüística similar a la que acabo de mencionar. Como los Estados Unidos no tienen nombre, pues se tomaron intercésadamente el de América y decidieron llamarse a sí mismos "americanos", nos hemos visto obligados a inventar expresiones específicas, de las cuales la más feliz es "Nuestra América" de Martí, pero también América india, América mestiza y la misma América Latina. La poca precisión de estas últimas denominaciones ilustra el problema.

Para volver a la historia, con la independencia política de España se constituyeron las nuevas Repúblicas como espacios de poder de los criollos y algunos grupos mestizos. La clase dominante pudo gobernar autoritariamente, sin tomar en cuenta a los excluidos del poder. La conclusión clara es que los Derechos del Hombre han tenido poca aplicación práctica en América Latina, aunque hayan servido de inspiración a los libertadores para independizarse de España.

Nuestra historia del siglo XIX es de continuas guerras. Los Estados autoritarios solo pueden ser cuestionados mediante la violencia. También en Europa, el Estado liberal fue autoritario y hubo mucha violencia. Como en América Latina, habría que esperar a los años 60 del siglo XX para que adquieran presencia los movimientos sociales.

El pensamiento latinoamericano se caracterizó por la dualidad "civilización - barbarie". La clase dominante, al reproducir el coloniaje hacia adentro, concibió su papel hacia los grupos mayoritarios como civilizadora. No había respeto por las diferencias étnicas, se despreciaba a los indios como bárbaros y se esperaba su desaparición.

Es necesario abordar ahora la división política entre conservadores y liberales que caracterizó también al siglo XIX. Ciertamente que los primeros estuvieron más identificados con la tierra, debían su poder económico al latifundio. Los segundos, en cambio, tenían valores más urbanos, vinculados como estaban a la banca y el comercio. Por tanto, curiosamente, los conservadores se dieron cuenta primero de la falta de identidad nacional involucrada en la dualidad "civilización - barbarie" y cuestionaron el extranjerismo, el afrancesamiento de los liberales.

Hay que preguntarse si la valoración de lo nuestro, más común en los conservadores, traería algún cambio relacionado con la ampliación del espacio de poder, con la democratización del sistema como la hemos definido en líneas anteriores. La respuesta muy clara es que

no, en absoluto. Si bien podemos reprochar a los liberales que no fueron suficientemente coherentes en la práctica con los principios teóricos del liberalismo, hay que reconocer que para detener el cambio, los valores conservadores eran más propicios.

Involucrar lo religioso en lo político, concebir lo humano desde la trascendencia, es lo más antidemocrático que pueda haber. Es realmente peligroso que los que detentan el poder se autoconsideren de una u otra manera representantes de Dios en la tierra. Definitivamente la separación Iglesia-Estado es un logro indudable del liberalismo que los movimientos sociales contemporáneos deben defender como aspecto fundamental del espacio de poder de la sociedad civil. Si bien la libertad y la igualdad de naturaleza son principios liberales más básicos, la tolerancia es un valor político incuestionable, consecuencia de esos mismos principios e íntimamente vinculada al tema de la secularización de la política.

En cuanto al movimiento social que se produjo en el Ecuador en 1895, noto en ese acontecimiento histórico unos rasgos de democratización que lo hacen singular, si lo comparamos con las revoluciones liberales de otros países latinoamericanos. La revolución alfarista no solo derrotó a la oligarquía terrateniente para dar poder a grupos comerciales y bancarios de Guayaquil. Con Alfaro irrumpieron las montoneras, su movimiento fue el punto de encuentro de heterogéneas fuerzas sociales. Hay indicios de que tanto la clase latifun-

dista serrana como la burguesía costeña desconfiaron de él y buscaron sustituirlo por alguien que representara mejor sus intereses. Probablemente por eso ocurrieron los sucesos del 28 de enero de 1912.

¿Cuál podría ser el hilo conductor que nos permitiera recoger del liberalismo ecuatoriano su aporte permanente? En el párrafo anterior he querido dar a entender que ese hilo conductor es el reconocimiento de la pluralidad. En este punto voy a transcribir una frase de Javier Ponce que comparto plenamente porque me interesa la democratización de la política en el Ecuador contemporáneo. El aporte fundamental del liberalismo es: *"la inauguración de un Ecuador plural, una pluralidad que a finales de siglo la queremos perder nuevamente en aras de la hegemonía de los guerreros y las armas, en aras de la reaparición lamentable de un proyecto nacionalista, un melancólico nacionalismo que tiene a la guerra como su referente central"*.

A mí también me parece indignante que en el contexto neoliberal de la América Latina contemporánea hayan renacido ideas y prácticas belicistas en pueblos hermanos, cuya única forma válida de nacionalismo debe ser el de la Patria grande y común. De todas maneras la guerra no es una estrategia muy coherente con la doctrina del libre comercio. Creo, como Javier Ponce, que el afán es el de acabar con la pluralidad, el de conseguir el poder monolítico del Estado, como lo señalé en líneas anteriores. Espero que esto haga

entender a algunos ingenuos que es imposible combinar militarismo y democratización, si la entendemos como **fortaleza** de la sociedad civil.

Para terminar, si bien el análisis del pensamiento liberal europeo nos podría llevar a concluir que entre conservadores y liberales del siglo XIX latinoamericano no había diferencias sustanciales, lo cierto es que el tema de la secularización los distinguió profundamente; así como los valores y derechos de libertad, dignidad e igualdad son conquistas irrenunciables de la humanidad, la separación Iglesia-Estado es un avance que no debemos perder. Gracias a él un Estado puede poner en vigencia reivindicaciones humanas indispensables en el mundo de hoy, como

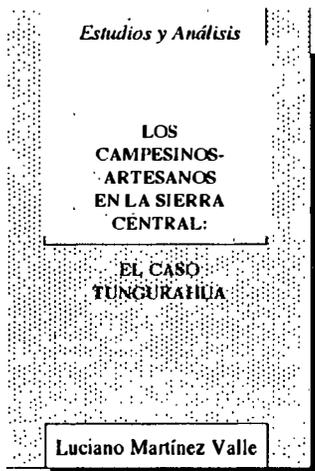
el matrimonio civil, el divorcio, la educación laica para todos los ciudadanos.

Una consecuencia importante es la tolerancia a la diversidad de cultos. Aunque el respeto a otros tipos de pluralidad no sea un resultado lógicamente vinculado a la secularización, sabemos que fue un rasgo de la revolución alfariata que la convierte en ejemplo de las futuras acciones con las que busquemos profundizar la democracia en el Ecuador.

Democracia en el sentido ya anotado de fortalecimiento de la sociedad civil frente al Estado. Este es un objetivo suficiente para motivar al compromiso con el futuro como utopía posible y oponerse con realizaciones concretas, al fin de la historia.

ediciones

caap



ESTUDIOS Y ANALISIS / Los Campesinos-Artesanos en la Sierra Central: El caso Tungurahua / Autor: Luciano Martínez Valle / CAAP.

La historia de los productores rurales está todavía por hacerse. Existen procesos llenos de iniciativas económicas y sociales innovadoras, que sorprenderán a más de un teórico acostumbrado a mirar la sociedad a través de "modelos" y no de la práctica de los hombres reales.